

Algunos libros deben ser probados; otros, tragados, y unos pocos, masticados y digeridos.

Francis Bacon
(1561-1626)

Tácticas y estrategias

Un Rincón de Lecturas

Hace algunos años, tuve la experiencia de trabajar en una primaria donde el único libro al que podían acceder los niños de primer año era el de lecturas de la SEP.

Llevé al aula algunos libros de mis hijos, se los presenté al grupo y decidimos armar un Rincón de Lecturas. Nunca olvidaré las expresiones de alegría que cada uno fue teniendo al mirarlos. Ése fue sólo el principio, pues a partir del siguiente día empezaron a traer algunos ejemplares de su casa para poder compartirlos con sus compañeros, dejándolos en el Rincón y llevándose otros para leer. Aquella biblioteca que había empezado con diez ejemplares terminó con más de cien. Uno de los padres nos donó una enciclopedia para niños.

Los chicos le habían encontrado un sentido más amplio a la lectura.

Pronto corrió la noticia a los otros grupos; al principio visitaban nuestro salón y nos pedían prestados algunos de nuestros libros, después, al ver el entusiasmo de sus alumnos, los docentes de otros grupos decidieron que en sus aulas aparecieran otros libros además de los de la SEP. Y fue así como cada uno fue armando un Rincón de Lecturas en su aula. (María de Lourdes Pérez Molina)



Entrevista con Eva Janovitz Hilos muy poderosos/1

Impulsora incansable de proyectos de lectura, Eva Janovitz se ha especializado en el trabajo de promoción de lectura con bebés. Ha participado en diferentes proyectos editoriales, entre los que destaca su participación en el Fondo de Cultura Económica como integrante del equipo editorial del fondo infantil y juvenil. Actualmente es la encargada de Salas de Lectura en Conaculta, y fue la responsable de organizar y compilar experiencias de las Salas que han quedado plasmadas en una publicación que lleva por título 1er. Coloquio de Salas de Lectura. Espacios para la libertad.

Me gustaría que hablaras de tu trabajo con bebés, pensando en las personas que se sorprenden de que les pongas un libro en la mano a niños que "no leen".

Bueno, en realidad empecé a trabajar con bebés casi quince años después de iniciar mis trabajos de promoción de la lectura, a partir de un seminario que tomé con Marie Bonafé. Terminé ese seminario sintiéndome muy mal con mi trabajo de los quince años anteriores, porque yo siempre buscaba promover la lectura con personas ya alfabetizadas, pensaba que teníamos que preocuparnos por la formación de lectores cuando ya conocían por lo menos el alfabeto.

Cuando salí del seminario de Marie Bonafé, decidí que tenía que ponerme a trabajar con bebés inmediatamente.

Al principio, muchas de las cosas que ella planteaba no me las creía, y tenía ganas de probar hasta dónde era cierto eso. Y tenía un miedo enorme, ¿cómo les voy a leer a los bebés, que no sólo no leen sino que ni siquiera hablan? Logré convencer a la directora de la escuela Paidós, Tere Garduño, quien me abrió el espacio y puso a sus bebés en mis manos. El primer taller que hice con chiquitos, entonces, fue así, sólo con los niños, sin mamás, en un ambiente escolarizado.

De verdad creo que el espacio natural de la formación de lectores es la familia.

Ése fue el parteaguas, cambió totalmente mi mirada sobre la promoción de la lectura. Me di cuenta de muchas cosas que hasta el momento mantengo, una idea completamente distinta de cuál es el papel que uno juega como promotor, o como enlace o como acompañante de alguien que está en proceso de formarse como lector.

¿Por ejemplo?

Los bebés me demostraron que la escuela es otra cosa, que la selección de libros es importante, que el trabajo de uno como puente entre el libro y el lector es por un lado muy sencillo y por el otro muy complejo. Los bebés, para empezar, hacen lo que se les pega la gana, entonces no hay forma de controlarlos. Ése es un tema que para mí fue importantísimo derrumbar, el papel del control, del orden, de la precisión, de las expectativas que uno tiene.

Cosas tan elementales como que te da miedo que rompan los libros, y de pronto descubres que no, que no son tontos, que parecen ser mucho más sabios y conscientes de sus propias limitaciones de lo que uno cree. Aprendí a no querer saber exactamente qué pasa con el otro, y esto tiene que ver con la confianza: es más importante saber que están bien, que saber qué es exactamente lo que están procesando, o

qué les está interesando de una historia; saber que les interesa es suficiente.

Los niños me enseñaron a ver la inteligencia en ellos, a reconocerla. Me sigue impresionando que niños que no hablan te puedan contar un cuento, que reconozcan cosas no sólo elementales sino muy profundas. Para un trabajo en España, por ejemplo, hice varios talleres sobre la muerte, y me impactó mucho la serenidad, la frescura, la apertura para tocar estos temas con los niños. Creo que los adultos vamos perdiendo mucho en el camino, no ganando.



Has trabajado también talleres con padres de familia y sus hijos.

Sí. Es una relación en la que yo creo mucho, es como una esperanza de que las relaciones humanas mejoren si desde la familia hay una relación comunicativa profunda, abierta, donde los adultos recuperamos las ganas de aprender de los otros, de escuchar a los otros.

Me interesa mucho generar espacios donde hijos y padres puedan compartir la lectura, porque he visto cómo el libro une al padre y el hijo de una manera muy especial y profunda. Tengo evidencia de relaciones familiares muy amoladas, muy fracturadas, con una gran incomunicación, que van mejorando a partir de la lectura juntos. En los ambientes donde hemos podido interactuar niños, padres de familia y libros, hay una experiencia que permite un tiempo de gran calidad, y se abren posibilidades comunicativas y afectivas que de otra manera no están presentes.

Tengo experiencias con bebés y niños pequeños diagnosticados con problemas de aprendizaje, de socialización, que en estas dinámicas mejoran mucho; quizás porque el ambiente que se forma es de confianza y tranquilidad... una de las cosas que se ven físicamente es que los papás se quitan los zapatos, se tiran al piso, empiezan a relajarse y a participar de otra manera, sienten que los demás no lo están mirando a ellos, no los juzgan, y las cosas se dan de una forma que parecería muy natural, aunque no lo sea en la vida cotidiana. Estos espacios son importantes para los niños y los padres, cada uno a su manera, e incluso tengo dudas de a quién benefician más. A los niños, claro, porque

están creciendo con presencias muy importantes, afectivas y por lo tanto efectivas; pero los adultos, por el mismo hecho de participar, se dan permiso a hacer cosas que no hay otra forma de recuperar. Recuerdo una familia en la que el papá iba muy enojado al principio, porque el taller era los sábados y él los sábados veía el fútbol, y de pronto este espacio se volvió importante para él: era el primero en estar listo, en entrar al salón; ganó mucho en la relación con los hijos y su esposa, y de repente fue importante para él porque empezó a leer. Comenzamos a verlo preocupado por otras cosas, pensando en otras cosas, preguntando; que hiciera preguntas fue una buena señal, significaba que ya no estaba todo tan en automático.

Mis experiencias con familias son tan alentadoras que de verdad creo que el espacio natural de la formación de lectores es la familia. Y en ese sentido, cuando los libros y la cultura escrita circulan en el hogar y se comparten, se empieza a dar una gran cantidad de oportunidades.

Los adultos nunca estamos tan dispuestos a compartir cosas con los niños como cuando son muy pequeños, y pienso que si empiezas en ese momento, es probable que, aunque con el tiempo se vaya transformando la relación con ellos, sin duda habrá algo muy profundo que construyes ya, y a partir de lo cual se van desarrollando muchas cosas. Los hilos que construyes con otro a partir de la lectura son hilos muy poderosos.

He tenido oportunidad de reencontrarme con gente que tomó el taller hace nueve años, y me asombra que una experiencia tan corta, de cinco sesiones, de un mes apenas, haya dejado una marca tan importante en su vida y en su relación con sus hijos. Son padres que lograron sembrar algo que se ha mantenido, y estoy segura de que van a ser padres de adolescentes distintos.

Vicios solitarios

El huevo azul
Silvia Jaeger Cordero
Ediciones Castillo
119 páginas



El libro me gustó porque tiene mucha magia, tiene frases, tiene enseñanzas como: si lo quieres, si lo piensas y si lo deseas con todas tus fuerzas, todo es posible. Pero también te enseña a no ser egoísta y además el cuento es muy divertido. (Mónica Delfín Santos, 8 años)